

GENERAL ADOLFO JIMÉNEZ CASTELLANOS

Pilar Toledano

RESUMEN. En 1895, Jiménez Castellanos es Jefe de la Sección de Campaña del Ministerio de la Guerra. Ante el auge que toma la nueva insurrección cubana, Martínez Campos le requiere en la Isla, por el conocimiento tan exhaustivo como atesora sobre las guerras mambisas anteriores y su veteranía en la Región Central de Puerto Príncipe. Retoma el mando de dicha Comandancia General. Con columnas de miles de hombres, emprende marchas prolongadas por su Región, librando numerosos combates, siendo los más importantes en Saratoga, Cascorro, Desmayo, Palmarito, Peralejos, San Jerónimo y Esperanza. En 1898 toma el mando de la División de la Trocha, y en noviembre, el de la Capitanía General. El 1 de enero de 1899, le cabe la triste misión de hacer la entrega oficial de la Soberanía Española en Cuba, *“a nombre de su Rey”*.

Palabras clave: Guerra hispano-cubano-norteamericana, General Jiménez Castellanos, Camagüey, Saratoga, Cascorro, Trocha, Capitanía General, fin Soberanía Española.

ABSTRACT. In 1895, Jiménez Castellanos is Head of the Campaign Section of the Ministry of War. Faced with the rise of the new Cuban insurrection, Martínez Campos requires him on the Island, for the knowledge as exhaustive as he treasures about the previous mambisas wars and his veteran in the Central Region of Puerto Príncipe. He resumes the command of said General Command. With columns of thousands of men, he makes prolonged marches through his Region, fighting numerous combats, being the most important in Saratoga, Cascorro, Desmayo, Palmarito, Peralejos, San Jerónimo and Esperanza. In 1898 he took over the Trocha Division, and in November, the General Captaincy. On January 1, 1899, he had the sad mission of making the official surrender of Spanish Sovereignty in Cuba, *"in the name of his King"*.

Keywords: Spanish-Cuban-American War, General Jimenez Castellanos, Camagüey, Saratoga, Cascorro, Trocha, General Captaincy, end Spanish Sovereignty.

Entrando el año de 1895, el Brigadier Adolfo Jiménez Castellanos vive en Madrid. Es el Jefe de la Sección de Campaña del Ministerio de la Guerra desde hace casi 8 años.

Sabe que en su bien conocida Cuba hierve de nuevo el afán independentista y que, desde hace meses, se ha venido gestando una nueva insurrección. Tan patente es que, según un cronista de la época: *“En La Habana se conspira al aire libre”*.

Está al tanto de que el 24 de febrero se pronuncia el “Grito de Baire” y comienza un nuevo alzamiento. Su preocupación es grande ya que, desde 1865, tras sus estudios de Cadete en el entonces Colegio de Infantería de Toledo, *“pasó a Cuba”*, a la Región Central del Camagüey, a Puerto Príncipe, donde permaneció más de 17 años seguidos, participando con harta frecuencia en las contiendas de la Guerra de los Diez Años en que, a su comienzo, ya era Capitán. Después en la Guerra Chiquita. Entre 1881-82, fué Comandante General de esta Región Central. Casado con principiega en 1870, tuvo aquí a sus seis hijos. En 1883, en una breve estancia en la Península, se había publicado su primer libro *“Sistema para combatir las insurrecciones en Cuba, según lo que aconseja la experiencia.”*, obra muy ponderada por el estamento militar. También había disfrutado tiempos de paz en La Habana, entre 1883-1886, porque tuvo a su cargo la Secretaría de la Subinspección de Infantería y Milicias, en el Palacio del Segundo Cabo

Así, por tanta insurrección mambisa vivida y combatida como atesora, su experiencia le dice que esta guerra no va a ser ni tan fácil de resolver ni tan pronta en concluir.

Sabe del auge tan enardecido que va tomando la rebelión y del cambio del General Calleja por Martínez Campos en la Capitanía General. También que se van a enviar a la Isla a 8.500 soldados, con carácter urgente. Tal es así, que sus dos hijos varones, formados también en la Academia de Infantería, y por sorteo, son destinados a *“pasar á Cuba”*. El 27 de junio parten rumbo a Cádiz, embarcan en el vapor *“Santo Domingo”* y, en 18 días, llegan a Santiago, emprendiendo de inmediato la marcha hacia El Caney.

En tan inquietante situación isleña llega el mes de octubre. El día 23 se le promueve al empleo de General de División y, el 29, se le destina de nuevo a Cuba.

Tan entrado como está en sus 51 años, no es óbice para que el Capitán General Martínez Campos le reclame en la Isla, a sus inmediatas órdenes. La situación se ha complicado enormemente y necesita contar con su ayuda, por el conocimiento tan exhaustivo como atesora sobre las guerras mambisas, por su veteranía en el País, por su cabal sentido de la estrategia, por su avezada constancia en tan peculiares contiendas y por la experiencia que le proporciona haber combatido, sufrido, perseguido, desalojado y repelido en tantas ocasiones a los líderes libertarios cubanos.

DE NUEVO EN CAMPAÑA.

Dispuesto ya para su traslado, viaja por tren a Cádiz y, el 22 de noviembre, embarca en el vapor “*Buenos Aires*”. Tras 18 días de travesía, llega al puerto de La Habana y va al Palacio de Capitanía. Se acaba de dar una nueva organización al Ejército de Cuba y se le nombra Comandante General de la Segunda División del 2º Cuerpo del Ejército de Operaciones. Y emprende camino hacia Sancti Spiritus.

En este interín espiritano, y supongo que a instancia personal de nuestro militar, a sus hijos Adolfo y Ramón, que están operando en las inmediaciones del río Cauto, pasan “*a las inmediatas órdenes del Excmo. Sr. General de División D. Adolfo Jiménez Castellanos*”, incorporándose a su nuevo destino el 20 de diciembre. A su hijo Adolfo se le nombra su Ayudante de Campo, y a Ramón, Oficial a sus órdenes,.

COMANDANTE GENERAL DEL CAMAGÜEY.

Llegado el año de 1896 y, a finales de enero, nuestro militar termina su gestión en Sancti Spíritus. Marcha a Santa Clara y se encarga del mando del 2º Cuerpo del Ejército. Hasta los primeros días de febrero, recorre en tareas de inspección y campamento todos los destacamentos y poblados de la provincia. Más tarde, sale en persecución de las partidas del líder insurrecto Quintín Banderas y le bate en repetidos encuentros. Llegado el final del mes, se dirige a su bien conocido Puerto Príncipe y toma el mando de la 3ª División del 2º Cuerpo del Ejército, ostentando, de nuevo, la Comandancia General del Departamento Central.

Han pasado ya casi 13 años desde que se ausentara y... ¡ha cambiado todo tanto!. La ciudad ha crecido y la encuentra bien restablecida del agotamiento y el desgaste de la anterior guerra. Durante tres semanas se emplea en trabajos de fortificación de la ciudad y del Poblado de Minas. Una vez concluidos, sale de operaciones de campaña por Caobillas, Magarabomba, Las Yeguas, San Jerónimo, Maraguán, Ingenio Congreso, Minas, Lugareño y Lomas de Cubitas, batiendo en varios encuentros al enemigo.

Entretanto, desde comienzos de año, el Capitán General Martínez Campos, viene abogando por una paz negociada que la realidad no permite. Reconoce la necesidad de agrupar y reconcentrar a los dispersos campesinos pero, en carta dirigida al Presidente Cánovas le dice que, en conciencia, no tiene fuerza moral para hacerlo, por las nefastas consecuencias que puede acarrear a las gentes. Aconseja al férreo militar Weyler para sustituirle Y así sucede pues, el 10 de febrero, Weyler se hace cargo de la Capitanía.

A finales de abril, nuestro Comandante General sale de Puerto Príncipe, escoltando un gran convoy con 15.000 raciones para abastecer los destacamentos de Guaimaro, sacar otras tantas raciones de Nuevitas para llevarlas a Cascorro y retirar el campamento de Sibanicú, dado que ya no ofrece utilidad alguna.

En las 70 leguas cubanas que supone este largo recorrido, va reconociendo las fincas y potreros que hay a su paso para batir a los insurrectos que encuentre, teniendo enfrentamientos el 26 de abril en la finca Guanábano, el 27 en Santa Rosa, Ojo de Agua, Trinidad y Aurora; el 28 en Sibanicú y Puente de Cascorro; el 29 en Vaquería y Ceja de Tana y el 30 en Cieguito, Ceiba y Caimito. El 1 de mayo en La Embarrada y El Jamagual; el 4 sostiene seis encuentros en Ripios, Conchita y Palmar de Durán; el 5 en las inmediaciones de Cascorro y el 6 en El Delirio. El 8 derrota a partidas en Jibacoa, Santa Isabel, Monte Oscuro y Las Piedras y el día 28 opera por los Ingenios Congreso y Lugareño. Por las inmediaciones de la línea férrea, sostiene tres combates, regresando el 5 de junio a Puerto Príncipe. Por la gran pericia y el profundo conocimiento del país que tiene nuestro militar, concluye con éxito esta larga misión sin tener apenas bajas.

SARATOGA.

Sabiendo que Máximo Gómez ha vuelto al Camagüey y reconcentra más de 3.000 hombres en Ciego Najasa, sale de nuevo en su persecución a las 5 de la madrugada del día 8 de junio, al mando de una columna compuesta por 4 compañías del Batallón de María Cristina, 5 del de Tarragona y sus guerrillas, un escuadrón de Caballería del de Hernán Cortés, dos piezas de montaña, 1 sección de Artillería, 20 exploradores, 40 acémilas, 1.114 infantes y 342 caballos.

Al caer la tarde, acampan en la Finca Santa Inés. A las 5 de la madrugada del día 9, la columna emprende camino a Najasa, donde había “combinado” con el General Godoy que se le incorporaría. Atraviesa el peligroso callejón que desemboca en el Potrero Saratoga, a 10 Km. de Ciego Najasa, y en él acampan. A las 4 de la tarde, ven venir, a poca distancia, un tropel de caballería insurrecta de unos mil jinetes, que se habían emboscado en el callejón, enarbolando el machete. Son las partidas de los líderes Máximo Gómez, Calixto García y Rabí.

Jiménez Castellanos comprende la gravedad del momento pues sabe que tras este millar de jinetes puede haber 4.000 mambises de reserva. Entre los jinetes de la carga y sus tropas, media el arroyo Saratoga, que rodea el frente del Potrero. Les hacen recular con el fuego de 4 compañías de María Cristina y el de su guerrilla, con cargas cerradas

de Mauser. Se mantiene un fuego nutrido durante una hora larga, viéndose caer mambises de sus caballos. Las fuerzas de nuestro militar están bien desplegadas y situados los 2 cañones. Siguen apareciendo rebeldes y, pasadas las 5 de la tarde, están rodeados por unos 5.000. Hay un momento en que unos mil jinetes, en avalancha, quieren cruzar el río Saratoga, pero son repelidos por la metralla de los cañones, con 19 disparos, que abaten a los rebeldes o les hacen “volver grupas”. A las 12 de la noche, un fuerte grupo enemigo, al grito de *¡al machete!*, ataca el frente norte, arrollando una sección de Tarragona, que es reforzada inmediatamente con una compañía y un escuadrón de gastadores, recobrando posiciones. Sigue el fuego hasta las 6 de la mañana del día 10, que vuelve a cargar la caballería enemiga, siendo rechazada. Jiménez Castellanos cuenta con 3 soldados muertos y 20 heridos. Dispone que se habilite una pequeña casa del Potrero como hospital de sangre. Hay fuego durante todo el día y, de noche, los mambises lanzan alaridos, simulando ataques al machete. Por todos los flancos llegan tiros y el hospital de sangre habilitado, lo echan abajo. ¡Y el General Godoy no llega!... Al amanecer del día 11, Jiménez Castellanos dispone levantar el campamento y volver a Puerto Príncipe. Deja ocupadas posiciones con infantería de María Cristina, reforzada por caballería y guerrillas y, con el resto de la infantería, cruza el río para romper el cerco mambí y encontrarse con el general Godoy. Sabe que el paso del río no va a verificarse sin lucha. Cuando la vanguardia de la columna lo atraviesa, se oyen toques de corneta de las fuerzas del General Godoy, compuestas por 600 hombres: el Batallón de Cádiz y su guerrilla, el de Gerona y una compañía de Tiradores del Camagüey. El Batallón de Cádiz abre camino a la columna de Jiménez Castellanos para enfilarse el peligroso desfiladero. Los rebeldes se retiran en varias direcciones y ambas columnas regresan a Puerto Príncipe, con ligeros tiroteos. Las bajas, 35, entre muertos y heridos; 27 caballos y acémilas. Jiménez Castellanos considera que las bajas enemigas “*deben de ser numerosas*”. Se le concede la Gran Cruz del Mérito Militar con distintivo rojo por cómo ha dirigido a sus tropas en este combate de Saratoga.

Sobre la importancia de esta batalla, Máximo Gómez, escribe en su *Diario de campaña*: “*No nos atrevemos nosotros a decirlo, pues nos hubiera parecido exagerado, pero lo ha dicho el General español, Jiménez Castellanos, Jefe de los contrarios; que el combate librado en Saratoga corre parejo con la Batalla de las Guásimas, en el 68...*”.

Diez días más tarde, nuestro Comandante General sale en nueva búsqueda de Máximo Gómez. Marcha en reconocimiento por las zonas del Ingenio Redención y Los Estropajos, así como por todas las fincas que va encontrando a su paso, hasta San

Miguel de Nuevitas. Continúa esta labor por los Ingenios Lugareño, Congreso y Senado, regresando, tras 15 días de expedición, a la ciudad.

El 13 de julio, nuestro militar sale de nuevo de la ciudad y sostiene combates en el potrero La Catalina de Álvarez; el 15 se bate en La Mota y regresa a Puerto Príncipe.

TRADICIÓN ORAL CUBANA.

Por estas fechas, Máximo Gómez, al frente de unos 300 hombres, pasa por el lugar donde cayó muerto el líder José Martí. Levanta un rudimentario monolito de piedras que sustenta una cruz y escribe en ella un sentido epitafio: *“Un héroe, José Martí”*.

Cuenta la tradición oral cubana que, meses más tarde, pasa por este lugar una engrosada columna española al mando de nuestro militar. Jiménez Castellanos se encuentra con el monolito que había levantado Máximo Gómez y acalla alguna que otra voz distorsionada de entre sus hombres a los que les gustaría desbaratarlo. Y nuestro militar, tan respetuoso como siempre ha sido con sus adversarios y en señal de homenaje, ordena a sus ayudantes recoger flores silvestres, que tejen en guirnaldas y las colocan junto a la cruz. La tradición oral remata que, la tropa española, al alejarse del lugar, desfila frente al monolito en un acto de homenaje silencioso.

Se me antoja demasiado bucólica esta semblanza histórica en medio de la rudeza de los campos y los rigores de la guerra. Pero, precisamente por esto, debemos de dar mayor valor a esta “perla” que atesora la tradición cubana que, aún pasada más de una centuria, va a seguir valorando y conservando vivo en su memoria histórica este sentimiento de aprecio hacia nuestro militar, por tan hondamente respetuoso como él ha sido, es y será siempre para con los cubanos, combatientes o civiles.

Llegado agosto, nuestro Comandante General sale el día 3 a reconocer la zona de la Sabana de Méndez y vuelve a ella el 18, salidas éstas que se saldan con ligeros tiroteos. En nueva expedición, dirige un convoy que integran 216 carretas con víveres y vituallas para que quede racionada hasta octubre la estación heliográfica de La Caridad, el Poblado de Cascorro y la ciudad de Guaimaro

Sale, de nuevo, el día 15 de septiembre, a reconocer la Loma de la Mula y regresa enseguida a la ciudad. Se pone al mando de una columna formada por mil infantes, 190 caballos y dos piezas de artillería, y sale por el camino de Contramaestre para reconocer los alrededores en que parecen estar reunidas fuertes partidas insurrectas. A las siete de la mañana del día siguiente, las encuentra en el Potrero Marquesado. Unos 300

insurrectos, apostados en unas casas situadas al otro lado del puente Salvaje, atacan la columna por el flanco derecho y por el frente con fuego muy nutrido y, tras tres cuartos de hora repeliéndoles, los mambises se retiran tras una última y decisiva carga al machete. Nuestro militar desconoce las bajas enemigas aunque vé cómo retiran dos muertos y, por su parte, sólo tiene un soldado herido. Sigue camino hacia Minas y opera en las inmediaciones de la línea férrea regresando, 10 días más tarde, a Puerto Príncipe.

Ha de mantener la línea férrea fuertemente custodiada por las noches, y a veces por el día, pues las partidas hostigan a la guarnición de los fuertes y fortines de su largo recorrido. Pese a ello no puede evitarse que, pasados cuatro días, estalle una carga de dinamita en la vía y alcance de lleno a un tren de reparaciones, hiriendo a dos personas, incidente que le lleva a dictar medidas adicionales de protección.

El día 24 sale al mando de una fuerza compuesta de 1.500 hombres, divididos en 5 columnas. Practica labores de reconocimiento por el camino de Las Yeguas sin ocurrirle mayor novedad que ligeros tiroteos y regresa, el mismo día, con 120 reses vacunas que sus hombres han ido recogiendo de los campos, para abastecer la ciudad.

La mayoría de los isleños están unidos a uno u otro bando para subsistir pues el hambre, la miseria y las enfermedades están esquilmando a la población. Weyler dispone la reconcentración del campesinado en pueblos y ciudades, controlados por militares. Se destruyen los bohíos que han quedado deshabitados, se incendian las parcelas anexas y se confiscan los animales domésticos.

SITIO A CASCORRO. ELOY GONZALO.

Comenzando octubre, nuestro militar sale el día 3 hacia Minas, al mando de los Batallones de Cádiz, Tarragona y María Cristina, sus respectivas guerrillas, una compañía de Ingenieros, los Tiradores del Camagüey y una sección de Artillería de Montaña. Su columna cuenta con 1.800 infantes, 300 guerrilleros, 2 piezas de artillería y 50 acémilas de transporte con abundante munición. El 4 deja Minas y emprende marcha en dirección a Cascorro. Sostiene este día varios y nutridos fuegos con el enemigo en las inmediaciones del río Arenillas donde: *“según dicen los pacíficos, se oye fuego de cañón y fusilería”*. Continúa la marcha arrollando partidas en los Potreros San Agustín, La Marina, El Rosario y Durán y llega a las inmediaciones de Cascorro, totalmente ajeno a lo que viene sucediendo en dicho Poblado desde el pasado día 23.

Transcurriéndole muy agitado este día 5 por tantos enfrentamientos como libra con su columna en las inmediaciones de Cascorro y tan gruesas como están siendo las partidas

según se acerca al Poblado, no le queda la menor duda de que las nutridas huestes de Máximo Gómez algo grave han propiciado a aquella guarnición. Y está en lo cierto. Hace ya 13 días que el máximo líder insurrecto ha comenzado un fuerte hostigamiento al Poblado. El día 23 lo ha cercado y puesto sitio aunque no consigue hacer mella en la guarnición, defendida por 170 hombres bajo las órdenes del Capitán Francisco Neila.

El pueblo está rodeado por una alambrada y tres reductos defensivos unidos en trinchera: el cuartel, la iglesia, que hace las veces de hospital, y una taberna, también construida de piedra.

Pasados 5 días de cerco e intercambio de disparos, llega Calixto García con otros máximos líderes libertarios y, Máximo Gómez, viendo que le es imposible asaltar el Poblado y que no han surtido efecto los dos comunicados que ha hecho llegar al Capitán Neila, el día 30 le envía un tercer mensaje en el que le manifiesta nuevas e importantes razones para que se rinda, capitulación que el mando español sigue sin aceptar, advirtiéndole en su contestación al mambí que cualquier otro parlamentario que le envíe, lo va a recibir a tiros.

A los 2 días, 2 de octubre, en nueva misiva de Gómez y en mensajeras manos de una mujer, a la que el prócer está seguro que no van a disparar, le hace llegar al Capitán Neila el siguiente escrito: *“Vuestra temeraria actitud continuando el sacrificio, indica el desconocimiento absoluto de las circunstancias que le rodean. Respetando mi palabra de hacer llegar al General Castellanos carta suya pidiéndole los auxilios que necesita, demostrado queda que la actitud mía está basada solamente en mis deseos de evitar que con planes nuevos haya nuevos y mayores derramamientos de sangre. De la carta que me envíe devolveré a usted recibo del General Castellanos”*.

Neila le contesta que no necesita auxilios de ningún tipo y que no le vuelva a mandar parlamentario semejante para no verse en la necesidad de matar mujeres.

La guarnición tiene raciones para aguantar el cerco y los mambises, en más precaria subsistencia, deciden no alargar más la situación. Así, en el sigilo de la noche, entra una partida para ocupar una casa, apostarse estratégicamente en ella y poder sorprender a la guarnición con el cañón que desplazan hasta allí y la fusilería. Alcanzada la casa, abren un fuego a discreción tan certero que, gracias a la proximidad de su habilitada posición respecto del fuerte, comienzan las granadas a hacer buena mella en sus muros.

Un soldado de la guarnición, Eloy Gonzalo, se presta voluntario para inhabilitar este reducto enemigo y cortar el fuego que tan de cerca llega al cuartel, pero pone al Capitán Neila una condición: *“Que he de ir amarrado por debajo de los brazos con una cuerda*

cuyo extremo tendrá de la mano uno de mis compañeros. Iré arrastrándome hasta la casa, con petróleo, procurando que no me vean, pero como para incendiar la casa tendré que levantarme y me verán, moriré. Entonces, el que sostenga la cuerda tirará de mí y me meterá en el fuerte. No quiero dejar mi cadáver al enemigo”.

El Capitán le promete que irán a socorrerle sus compañeros y Eloy sale con su fusíl y una lata de petróleo, arrastrándose hasta la casa. Al llegar, arroja el líquido y lo prende con una cerilla, momento éste en el que salen del fuerte una veintena de soldados para auxiliarle aunque llega él, a cubierto, por su propio pié. Los mambises salen despavoridos y Máximo Gómez, consciente de que no va a poder desalojar a la guarnición, mantiene el cerco en la plena seguridad de que, tarde o temprano, Jiménez Castellanos va a acudir a socorrerla.

Esta valiente acción del soldado Eloy Gonzalo no sólo se le reconoce con la entrega de 100 pesos. Se le concede la Cruz del Mérito Militar con distintivo rojo y una pensión mensual vitalicia de 7,50 pesetas. Andando el tiempo, la Corona también le va a ensalzar, simbolizando en él el sacrificio y valentía conque los soldados peninsulares combaten en esta guerra, pasando incluso con el tiempo, a formar parte de la Historia bajo el admirado apodo de “*el Héroe de Cascorro*”.

Eloy participa después en otras operaciones de campaña y, más tarde, cae enfermo de “*Henterocolitis ulcerosa*”, causa por la que fallece el 18 de junio de 1897 en el Hospital Militar de Matanzas.

De la gesta en Cascorro de Eloy se hacen eco tan conmovido los madrileños que la propia Corona, ante el clamor popular y la conveniente necesidad de exaltar el heroísmo de los soldados que combaten en esta guerra y sufren las inclemencias y enfermedades de una Isla que tantas vidas se cobra, le hace ejemplo de soldado en su heroicidad.

Tras esta breve pausa descriptiva, retomamos los días 4 y 5 de octubre en que, Máximo Gómez, espera en las inmediaciones de Cascorro a Jiménez Castellanos, seguro de que ha de llegar directamente al Poblado en socorro de los sitiados y no va a descubrir a las partidas que el líder insurrecto tiene ocultas en los potreros limítrofes. Pero nuestro militar, hasta llegar a Cascorro, va parando en cada potrero del camino, sus fuerzas se adentran en el bosque y baten las partidas que se escaramuzan en el terreno, en 16 ocasiones. Desde el último de estos encuentros, que sostiene en el Potrero Durán, llega con su columna a Cascorro. Levanta el sitio arrollando a todas las fuerzas rebeldes y se incauta de papeles y correspondencia de Máximo Gómez en su desalojado

campamento. Queda con su columna en la guarnición de Cascorro para reparar los desperfectos que han ocasionado en los fuertes los 214 fuegos de cañón recibidos y se construye un nuevo reducto, bajo el fuego de los mambises. Esta guarnición, pese a tantos días sitiada y tanto fuego recibido, sólo ha tenido 4 muertos y 11 heridos.

El día 8 queda lista la reparación y sale del Poblado en dirección a Guaimaro. Según nuestro militar: “...*las fuerzas insurrectas del Camagüey y parte de las de Oriente, escalonadas en formidables posiciones, tratan de impedirme la marcha*”. Y es que tiene un enfrentamiento en San Isidro y otro rudísimo en la finca El Desmayo, que se prolonga muy activamente durante cuatro horas, logrando dispersar tan nutridas huestes.

Regresa el día 14 a Puerto Príncipe y, habiendo librado en esta larga expedición tan numerosos y rudos combates, ha tenido un total de 2 jefes y 3 oficiales heridos; 5 soldados muertos, 51 heridos y 28 bajas de caballos y mulos.

PALMARITO.

Entrando el mes de noviembre, el día 1, nuestro militar sale en operación de reconocimiento hacia Minas y Cascorro, al mando de una columna compuesta por 2.700 infantes, 300 jinetes y dos piezas de Artillería. No tarda en encontrar partidas a las que va arrollando en ocho combates sucesivos y, ante la caída de la noche, decide pernoctar en el Ingenio Oriente. De entre todos los enfrentamientos librados este día: “...*el más recio de ellos es el que tiene lugar al posesionarme del Ingenio*”.

Al día siguiente, continúa la marcha y sostiene tres intensos combates en los Potreros Lugonar, Delirio y Conchita, “*teniendo que jugar la artillería*”. Tras seis horas de encarnizado combate logra dispersar al enemigo de sus ventajosas posiciones, tomando en su huída distintas direcciones. Reemprende la marcha y llega a Cascorro, donde se le comunica que el destacamento ha sido de nuevo atacado el pasado 28 y que han tenido 1 muerto y 10 heridos. Queda en el poblado en trabajos de guarnición y la noche del día 5, al amparo de la oscuridad, el campamento recibe un nuevo ataque insurrecto que se repele hasta las 3 de la madrugada, sin ocasionarle bajas en su columna.

Al día siguiente, pese al menguado descanso, continúa la marcha hacia San Miguel y encuentra el Callejón de San Joaquín totalmente ocupado por un número considerable de fuerzas rebeldes que, con gran esfuerzo, las desaloja. Pero éstos van a la salida y allí se traba nuevo combate. Se repelen pero, de nuevo, los rebeldes corren a reunirse con otros grupos para tomar posiciones ventajosas y se atrincheran en el Potrero Palmarito, camino por el que tiene que pasar la columna de Jiménez Castellanos. Pasando el

Potrero Durán, siguen los tiros y, a la salida, sostiene nuevos combates hasta llegar a Palmarito, donde la columna traba un reñidísimo combate, el más importante de esta expedición: “...en cuyo punto el enemigo me preparaba una brillante acción, pues se hallaba éste atrincherado en el desfiladero. Le atacué de frente y flanco después de haberlo batido con la artillería”. Se hace tan nutrido el fuego enemigo que nuestro militar tiene que dividir sus fuerzas en tres secciones para atacar por el frente y los flancos. La artillería se emplea contra las trincheras y, al fin, se desaloja a los rebeldes, dejando éstos en el campo muchos de sus muertos, y retirando otros.

Llega el día 7 a San Miguel, donde prepara la retirada del destacamento y el escaso vecindario que allí permanece, continuando marcha hacia Bagá,

Tras los 18 intensos días que le ocupa esta expedición, llega a Puerto Príncipe, habiendo tenido, sólo en Palmarito, un comandante y un teniente heridos. De entre los soldados, 19 muertos y 105 heridos. Hasta este rudísimo combate, tenía 1 soldado muerto y 11 heridos. Se han disparado 43 cañonazos y gastado 105. 870 cartuchos.

A los dos días, sale de nuevo en reconocimiento por los alrededores; el 28 va por Yaba hasta el Arroyo del Muerto y sostiene combate con partidas en el Callejón de Bonora. Al mes siguiente, sale en reconocimiento por los pasos de Guirabito y en las inmediaciones de los ríos Guaguabo y Hatibónico, donde sólo repelen ligeros tiroteos.

Llega el año 1897. Máximo Gómez ha pasado a Las Villas y las partidas que deja en el Camagüey son mucho menores en número y contingente. Nuestro militar sigue ocupándose personalmente de desalojarlas y el 26 de enero sale en su busca, batiéndose con los rebeldes en Cercado y Las Cuevas. Hasta finales de febrero se ocupa de trabajos de guarnición, pues la ausencia de Gómez en su territorio se lo permite.

SAN JERÓNIMO.

Llega el mes de marzo y con él la noticia de que el Titulado Gobierno Insurrecto está reconcentrado en las inmediaciones de San Jerónimo.

El día 4, nuestro militar se pone al mando de una columna compuesta de 10 compañías del Batallón de Tarragona, 4 del Batallón de Cádiz, 5 del Batallón Provisional de Puerto Rico, 4 guerrillas de dichos cuerpos, dos escuadrones del Regimiento de Caballería de Hernán Cortés, la sección de Artillería, una compañía de Ingenieros, la guerrilla de exploradores de Alfonso XIII, la de Tiradores del Camagüey y 30 hombres de la 1ª guerrilla de Puerto Príncipe, completando el convoy 100

acémilas de la 4ª y 5ª compañía de Transportes. Tan gruesa columna, con un total de 2.769 infantes, 612 caballos y 100 acémilas, sale de Puerto Príncipe y toma el camino que va a Ciego de Ávila. Nada más llegar a la finca Los Claveles, la vanguardia recibe fuego y la fuerza española se emplea en un reñido combate hasta que rechaza al enemigo, pernoctando la columna en la finca cercana de La Unión.

Al día siguiente, emprende marcha hacia el Potrero Aranjuez y se sostienen frecuentes tiroteos hasta llegar a la sabana de San José de Caovabo, en la que fuertes partidas están ocultas en los linderos del monte. Tras una hora de intenso fuego, y usando la artillería, el enemigo se dispersa en dos direcciones y se les persigue. Continúa la marcha por el Potrero Aranjuez y Las Yeguas, donde pernoctan.

Este día ha resultado bastante sangriento y nuestro militar tiene heridos de tanta gravedad que considera que pueden empeorar y hasta fallecer si se le transporta con la columna. Ordena que la sección de Ingenieros haga un fuerte de reducidas dimensiones para acomodarlos y dispone una guarnición de 40 hombres para su cuidado y defensa.

Durante la noche, la vanguardia acampada recibe fuego enemigo en cuatro ocasiones. Al día siguiente, cuando la columna ha emprendido ya el camino, un buen grupo de mambises ataca este pequeño fuerte sin cesar en su hostigamiento hasta la mañana siguiente. La guarnición que ha dejado nuestro militar al cargo de los heridos se defiende enérgicamente y causa varias bajas al enemigo pues: *“se las vieron retirar á excepción de 3 muertos que dejaron por estar muy inmediatos al fuerte”*.

Mientras tanto, la columna, que ha partido al amanecer y se dirige a San Jerónimo, recibe constantes tiroteos hasta llegar a La Larga, en cuya finca se encuentra emboscado el enemigo en el monte que queda a la derecha y algunos hombres apostados en la sabana. Son apercebidos por el flanco derecho de la columna y nuestro militar ordena romper fuego, siendo perseguidos los insurrectos por el interior del monte hasta las inmediaciones del río Muñoz, donde se dispersan. Continúa la marcha hasta las ruinas de San Jerónimo, en donde se acampa. A las dos horas: *“el enemigo ataca resueltamente, echándose encima de las avanzadas, las que reforzadas inmediatamente por sus cuerpos respectivos, lo rechazaron”*. En esta acción también se utiliza fuego de artillería y, dispersándose los rebeldes por la sabana, huyen en todas direcciones.

Durante este día, el campamento es atacado en dos ocasiones más por fuerzas considerables que creen que van a sorprender a la columna pero, como nuestro militar ha tomado sus precauciones y la columna está prevenida, se repelen los intensos ataques con fuego de cañón y fusíl, persiguiéndoseles con agilidad por cada uno de los senderos

del espeso guanal por los que huyen. Llegada la noche, hay un nuevo ataque, el cuarto del día. Se rechaza el fuego pero, dada la oscuridad, no puede ordenar nuestro militar que se persiga al enemigo en su huida, tal y como ha hecho antes a la luz del día.

Al día siguiente, reconoce los alrededores y los guanales inmediatos a San Jerónimo, pero es imposible saber por dónde ha desalojado el grueso rebelde para perseguirlo, y emprende la marcha hacia Las Yeguas. En los montes del Consuelo es de nuevo atacada la columna, aunque con ligeros tiroteos. Ya en Las Yeguas se acampa y, durante toda la noche, no se dejan de repeler fuegos.

Amanece el día 8 y emprende la marcha hacia el Potrero Santa Cruz, retira la fuerza y los heridos de la pequeña guarnición, y repele tiroteos. Sigue camino, y al llegar a la finca El Porcayo, le esperan las partidas que se ocultan a la derecha de un monte, ante el que se extiende una sabana. El enemigo está dispuesto en una línea de tiradores que rompen en profuso fuego. Durante una hora, la columna lo repele y logra que se dispersen en varias direcciones, siendo perseguidos. Llega al Potrero Santa Cruz y el enemigo de nuevo le espera. Le ataca primero al frente y flanco derecho, luego la retaguardia y el flanco izquierdo. Se les repele con gran fuerza y los rebeldes se retraen al monte, siendo perseguidos durante más de una legua por entre las maniguas. Este combate dura unas dos horas y, terminando a la 1 de la tarde, el calor es asfixiante y no hay agua por las inmediaciones. Se emprende marcha hacia Los Claveles donde la infantería sacia la sed en dos pozos que hay, pero el ganado no puede beber. Las raciones se han terminado y como todos los potreros por los que pasa la columna han sido quemados, no le cabe a nuestro militar la opción de recabar alimento del campo, por lo que vuelve a Puerto Príncipe, llegando al caer la noche. Esta expedición, en la que tantos combates se han librado, se salda con 1 oficial muerto y seis heridos; en la tropa, con 6 muertos y 29 heridos. Del ganado, 20 caballos y mulos muertos, 9 heridos y 2 desaparecidos. Se han gastado 29.281 cartuchos y se han hecho 23 disparos de cañón. Considera nuestro militar que las bajas enemigas *“han debido de ser cuantiosas”*.

El 5 de mayo se le concede la Gran Cruz pensionada de la Orden del Mérito Militar para premiarle servicios de guerra.

Discurre el año de 1897 y las partidas insurrectas cada vez están más en precario. Cuando han de mantener varios días un mismo campamento, agotada su despensa, se las ven y se las desean para encontrar en los campos quemados algo que llevarse a la boca.

Las familias reconcentradas están al albur del hambre, la miseria y las enfermedades porque casi ni se atienden los aprovisionamientos de víveres, y cuando éstos en tan

escaso número llegan, en muchas ocasiones, hay militares sin escrúpulos y no pocos civiles que, en connivencia, se los apropian y se enriquecen con el mercado negro.

En la Metrópoli, ante la gravedad de la situación, el Presidente Cánovas piensa que, para calmar los ánimos, la propia insurrección y las fuertes críticas internacionales, debe otorgarse una autonomía a Cuba, Pero su propuesta es rechazada de raíz por los ultranacionalistas.

Dibujado ya el marco social, militar y político en que va a seguir discurriendo este año de 1897, retrocedemos unos meses y retomamos a nuestro militar a primeros de marzo, regresando de San Jerónimo, tras una expedición bastante complicada contra las huestes del Gobierno insurrecto. A finales de este mes, nuestro Comandante General sale a operar por los Chincheros (a 17 leguas cubanas de Puerto Príncipe) y combate en varios encuentros a los rebeldes.

Llega el mes de mayo y el día 6, sale en operaciones de campaña por la región del río San Pedro donde se refugian partidas enemigas, batiéndolas este mismo día en Arroyo Muerto; el día 7 en la finca del Ojo del Agua, Jimaguayú, Horno de Cal, El Tejar y El Paraíso. Y el día 9 en Caimito. Sigue batiendo la zona hasta el mes siguiente en que marcha a reconocer y defender la línea férrea de varios ataques en los que dispersa al enemigo. A primeros de septiembre regresa a Puerto Príncipe y dos días más tarde, sale hacia la parte Sur, en dirección a Caduaza.

En agosto, un anarquista italiano asesina a Cánovas mientras descansa, sin escolta, en el Balneario guipuzcoano de Santa Águeda, asestándole tres disparos a bocajarro.

La política española cae en un gran estupor y sufre cambios profundos. La Corona, sin el apoyo de los conservadores en el poder, encarga formar Gobierno al líder liberal Sagasta, por la alternancia obligada en el poder. Toma posesión de su cargo y lo primero que hace es cambiar radicalmente la política respecto de la Isla.

Se destituye a Weyler de la Capitanía General de la Isla y se nombra al General Blanco para sustituirle pese a que, con anterioridad, se le haya cesado en el mismo mando en Filipinas por exceso de benevolencia e indecisión. Entrado octubre, desde la Metrópoli, se le comunica a Weyler su cese y éste, a su vez, comunica por telegrama a nuestro militar que se traslade a La Habana para hacerse cargo de la Capitanía General.

EN LA HABANA. CAPITANÍA GENERAL. WEYLER Y BLANCO.

Nuestro militar parte el día 14 hacia La Habana y, según nota publicada el día 19 por el Diario *The New York Times* y bajo el título: *El General Castellanos vuelve a La Habana*”, comenta: “*El General español Jiménez Castellanos, acompañado de su hijo, el Teniente Adolfo Jiménez Castellanos, el Capitán Pedro Aguilar -sus ayudantes de campo- , junto con otros 29 oficiales y 70 soldados enfermos, han llegado desde Puerto Príncipe*”. También le acompaña su hijo Ramón, de entre sus Oficiales.

Weyler, supongo que muy herido en su orgullo desde que se le comunica su cese, desea partir de inmediato hacia la Península, pero no puede coger el primer vapor dado que nuestro militar está en campaña y ha tardado unos días en llegar a la Capitanía. Por otra parte, Weyler recibe una orden de la Metrópoli en la que se le insta a esperar la llegada de su sucesor, prevista para el día 30, a la que contesta en telegrama dirigido al Presidente del Consejo de Ministros que “...apelando a mi patriotismo... me resigno a continuar encargado del mando” (hasta la llegada de su sucesor).

Llega finales de mes y, según publica *The New York Times* el día 29: “*El General Weyler ha embarcado en el vapor Monserrat poco después de la 4 de esta tarde pero, por órdenes recibidas desde Madrid, el barco no zarpará hasta después de la llegada del nuevo Gobernador*”. Al día siguiente, Weyler dicta una Orden General por la que hace saber “*que se encuentra enfermo*” y que Jiménez Castellanos “*ha quedado al cargo de la Capitanía*”, ocupándose nuestro militar de encabezar la delegación que recibe a pié de muelle al General Blanco y presidir el resto de ceremonias.

Tras unos días, el 7 de noviembre, regresa a Puerto Príncipe. Queda en la Comandancia hasta el 13 de diciembre en que sale de operaciones y bate partidas en Cabeza de Vaca; el 14 en Caudillas y Las Parras; el 15 en La Candelaria y el Ingenio Urabo; el 16 en Las Catalinas y Lomas de Urabo y el 17 en La Unión de Sarriol.

En noviembre, se vota en las Cortes españolas una propuesta de autonomía que es bien recibida por las voces críticas internacionales y hace albergar al Gobierno la esperanza de que la actividad neoyorquina de la Junta de Gobierno cubana restrinja sus hostigamientos e incitaciones. Pero, en la Isla, los rebeldes mantienen la lucha por creer que la autonomía es una farsa, y Máximo Gómez, cree lo mismo.

En cualquier caso, el primer Gobierno Autónomo inicia su andadura en diciembre.

LA ESPERANZA.

Comienza 1898. Nuestro militar tiene noticias de que el titulado Gobierno Insurrecto, con el grueso de sus fuerzas, se ha establecido en el poblado Nueva Habana, y se dirige

de nuevo a los Chincheros, en la parte occidental de la Sierra de Cubitas, a 17 leguas de su base de operaciones. Su columna la engrosan 2.200 hombres, 400 caballos y 2 piezas de Artillería. Gracias al conocimiento tan profundo como tiene del territorio bajo su mando, del estado de los caminos, de los más recónditos atajos y de los posibles puntos de refugio rebelde, en tan sólo tres días de penosa marcha, por las estribaciones de la Sierra, llega a la zona. Busca el campamento insurrecto y lo encuentra nutrido y atrincherado en La Esperanza. Su columna se enfrenta a unos 1.000 insurrectos. Los baten y persiguen en un espacio de más de dos leguas, incendiando y destruyendo las casas y dependencias. Al día siguiente, continuando en su persecución, sostiene un ligero encuentro en Laguna Grande y un reñidísimo combate en los Montes del Infierno, donde están reunidas partidas rebeldes de unos 2.500 hombres. Tras dos horas de duro combate, se repliegan los insurrectos, y la columna sigue en su persecución. Las bajas enemigas han debido de ser considerables pues, pese a que lo intrincado del monte hace difícil verificarlo, se recogen 57 muertos. Jiménez Castellanos tiene en sus filas 5 soldados muertos, así como 1 teniente coronel y 30 soldados heridos.

Unos días más tarde, en protesta por las acciones llevadas a cabo en La Esperanza por la columna de Jiménez Castellanos, irrumpe en esta ciudad un nutrido grupo de insurrectos y hacen estallar una bomba contra la torre y, al amparo de la oscuridad de la noche, saquean diversos comercios. La guarnición española recibe órdenes de combatirles al machete y comienzan por las calles duros enfrentamientos, tras los que son repelidos. El día 20, nuestro militar da por agotada la ya citada persecución por los montes y marcha a reconocer la línea férrea y sus inmediaciones.

Esta importante acción le vale la concesión de la Gran Cruz de la Orden Militar de María Cristina.

Paralelamente, el 25 de enero, fondea en el Puerto de La Habana el acorazado Maine, bajo la apariencia de un viaje de protección de los intereses estadounidenses en la Isla y, para complicar más la gravísima situación española, se da la desgraciada circunstancia de que, veinte días más tarde, mientras la oficialidad naval norteamericana y gran parte de su tripulación está siendo agasajada por la autoridad militar de la Isla, en una recepción diplomática, se produce en el acorazado una inesperada y mortífera explosión interior, haciéndole saltar literalmente por los aires. La reacción norteamericana no se hace esperar pues, de inmediato, culpa a España de provocar la deflagración.

POTRERO PERALEJOS.

Mientras tanto, nuestro incansable militar, a punto de cumplir los 54 años, sigue dando constantes muestras de cómo conjuga en su persona la resistencia y fuerza física más propias de una pasada juventud con la experiencia y sabiduría que atesora como veterano, y sigue batiéndose con los insurrectos sin pausa, sin permitirse descanso, sin dejar que su edad ya avanzada y su cansancio lógico acumulado, arredren su ánimo y sus competencias militares, siempre en la vanguardia de las columnas que dirige.

Así, el 18 de febrero, con una columna de 2.400 hombres y 400 caballos, bate al enemigo en las lomas de La Hinojosa y Santa Inés; el 19 en Caridad de Iglesia, El Pílon y San Andrés; el 20 en Las Vueltas; el 21 en Cuatro Caminos y las fuertes posiciones de Ciego de Najasa; el 22 en Managuaco y el Potrero Peralejos, donde estaban reunidas partidas rebeldes, en número de unos 3.000 hombres. La fuerte acometida del Batallón de Puerto Rico, con la ayuda de la artillería, hace que los rebeldes huyan, En estos encuentros, la columna ha disparado 38 granadas y 65.295 tiros de fusil. El enemigo tiene 181 bajas, entre ellas, 87 muertos que dejan en el campo. Dejan en poder español 34 caballos, bastantes armas y efectos de guerra.. Nuestro militar cuenta con un oficial y 7 de tropa, muertos; 3 oficiales y 73 de tropa, heridos.

Entra marzo y el 18, se entablan combates en las fincas de Aranjuez, Santa Rita y San Fernando; el 19 en Paraíso y El Carmen; el 20 en Candelaria, Magarabomba y El Socorro; el 21 en La Soledad; el 23 en Santa Rosa; el 24 en Caridad, San Agustín y Las Catalinas; el 25 en El Pilar y El Niágara y el 28, la columna regresa a Puerto Príncipe.

Si nos detenemos en estos dos últimos meses citados, vemos cómo en febrero y en cuatro días de constante marcha en persecución de los rebeldes, la columna que dirige nuestro militar ha tenido combates en 10 puntos diferentes. En marzo, permaneciendo durante 10 días en la misma e intensa actividad, los combates han sido 15. Me parece demasiada actividad en campaña para Jiménez Castellanos, y desde luego que lo debía de estar siendo porque, no pudiendo ser de otra manera, su salud se resiente.

LICENCIA POR ENFERMO.

Comienza el mes de abril y, dado su estado, se ve en la necesidad de enviar un telegrama al Capitán General Blanco, dándole cuenta de su situación y expresándole su deseo de volver a la Península. El día 5 recibe desde Capitanía la aceptación a su "*instancia promovida en súplica de licencia por enfermo*".

Desconozco los comunicados que ambos se intercambian en los siguientes tres días, que con toda seguridad deben de ser tan preocupantes por parte del Capitán General

como para que nuestro militar obvie su deteriorada salud en aras de un mayor sacrificio personal en su entrañable Cuba que, en tan gravísima situación va a caer, sin percatarse lo suficiente, en las sibilinas garras norteamericanas.

Tan veterano como es ya nuestro militar se permite, aún, mayor esfuerzo y decide dejar en suspenso su merecido y recién otorgado permiso de regreso. Se repone cuanto puede en tan pocas horas como le quedan antes de partir hacia La Habana ya que, habiendo accedido a quedarse, el Capitán General Blanco le envía el día 9 el siguiente telegrama: *“Deseando utilizar los servicios de V.E. en las difíciles circunstancias por las que atravesamos ante el conflicto provocado por los Estados Unidos, he tenido a bien disponer que cese en el mando que desempeña y venga a esta Plaza a mis inmediatas órdenes”*. Y el mismo día siguiente emprende viaje a La Habana acompañado, de entre otros oficiales a su mando, de sus dos hijos.

AL MANDO DE LA TROCHA.

El día 22 se le confía el mando de la División de la Trocha de Júcaro a San Fernando, para gestionar a su criterio el enorme contingente militar que hay guarnicionado en ella, para emprender y dirigir las acciones de campaña que crea conveniente y reducir a las posibles partidas cubanas que se le acerquen, indicándosele que: *“...será independiente, en el concepto de que cualquier fuerza que por algún motivo llegase a la Trocha, quedará a sus inmediatas órdenes”*.

Así, el día 27, se hace cargo de la Trocha y se ocupa, los primeros días, en trabajos que considera preferentes: una mejor adecuación en el acuartelamiento y acomodo de la tropa, y el refuerzo de la propia fortificación. Se le promueve al empleo de Teniente General *“por los extraordinarios servicios prestados en el Ejército de Cuba y muy especialmente en consideración al relevante mérito que ha contraído como Comandante General de la División Puerto Príncipe, dirigiendo con pericia las importantes operaciones realizadas en el territorio de su mando, y concurriendo personalmente a tan numerosos hechos de armas”*.

En los últimos 30 días, la intervención militar norteamericana en la Isla se ha venido considerando inmediata. El pasado día 11, el Presidente McKinley ha pedido autorización al Congreso de los Estados Unidos para emplear sus fuerzas militares y poner fin a las hostilidades hispano-cubanas. En una semana, el Congreso aprueba una Resolución Conjunta que reconoce el derecho del pueblo de Cuba a la Independencia y

exige al Gobierno español la renuncia inmediata de su autoridad en la Isla, dándole un ultimátum de 48 horas para que decrete un armisticio hasta el 1° de octubre y se negocie la Paz en Cuba. Pero no se acepta, ni tampoco, una nueva oferta de compra de la Isla, y España rompe las relaciones diplomáticas con Washington. El día 25, el Congreso norteamericano otorga a su Presidente poderes para declarar la guerra a España.

En tan graves circunstancias, nuestro militar se afana en su nuevo mando pues los mambises, enardecidos ahora por el convencimiento de que los norteamericanos van a ayudarles en su guerra contra el poder colonial, pelean renovados.

Tan acostumbrado como está al mando de miles de hombres, ahora tiene a su cargo todo el contingente de la División de la Trocha. Los Batallones que la componen son: 1° de Alfonso XIII, 2° de Alfonso XIII, 3° de Alfonso XIII, Tarifa, Albuesa, Reus, Chiclana, Llerena, Arapiles, Garellano, Murcia, Caballería del Príncipe, 3ª Batería del 4° de Montaña, 4ª Compañía del 4° de Zapadores Minadores, 2ª-3ª-5ª y 6ª Compañía de Ferrocarriles y 5ª Compañía de Transportes. Aproximadamente, unos 8.000 hombres.

Este bastión militar, según un estudio/informe de 1897, *“tiene una longitud de 69 Km. desde Júcaro (puerto al sur) á San Fernando (puerto al norte)... después está la Laguna de la Leche, que es de 8 Km de ancho por 16 de largo, y luego la isla de Turiguanó, en la que hemos de ocupar una línea de más de 9 Km”*. En la línea hay 68 torres y 67 blocaus que guarnecen los espacios de 500 metros, y 13 campamentos. Ciego de Ávila es el centro de su recorrido por distar 27 Km de Júcaro (sur) y 34 de Morón (norte). La Laguna de la Leche, que debe su nombre al aspecto lechoso de sus aguas, dista algo más de 7 Km. de Morón.

A cada kilómetro hay enclavado un fuerte, todos iguales menos los dos de los extremos. Entre cada uno de éstos, hay un blockhouse (blokau o blocao) y entre cada fuerte y blockhouse, tres puestos de escucha, lo que arroja la impresionante cifra de 68 fuertes, 67 blockhouse y 401 puestos de escucha.

Cada 5 Km. hay un acuartelamiento para la guarnición. Cuenta en su recorrido con 26 cañones de ubicación fija y en Ciego hay 6 piezas de artillería volantes que se mantienen sobre plataformas, siempre dispuestas para ser transportadas en la línea férrea, paralela a la Trocha. En el lado que asoma a la provincia Oriental, considerada la vanguardia, a 2 metros del destacamento, hay una alambrada de espino autóctono llamada *Jiquí*, crecida en 6 metros. Para la optimización de las comunicaciones, hay en Ciego de Ávila una torre heliográfica (óptica) que emite señales al resto de los fuertes.

Jiménez Castellanos se encarga, en estos primeros tiempos de mando en la Trocha, en revisar las guarniciones, en distribuir a mejor conveniencia los batallones, en reforzar las fortificaciones, en optimizar los acuartelamientos y el acomodo de la tropa, en tener en perfectas condiciones las alambradas, en mejorar los centros de sanidad y hospitalarios, y en controlar exhaustivamente la adecuada alimentación del soldado ocupándose, además, del control de avituallamiento de munición y demás pertrechos necesarios. Y, atento siempre, a acallar cualquier desmán insurrecto que se presente.

LA INTERVENCIÓN NORTEAMERICANA.

Entretanto, llega el mes de mayo y con él la noticia de que, el día 19, la Escuadra del Almirante Cervera ha llegado a la Bahía de Santiago para proteger la ciudad. Diez días más tarde, las fuerzas navales norteamericanas bloquean la salida de la Bahía y, el 20 de junio, 17.000 hombres llegados del puerto de Tampa (Florida), desembarcan en Santiago por Daiquiri y Siboney. Ha comenzado la gran ofensiva norteamericana.

Dado que el grueso de las tropas rebeldes, lideradas por Calixto García, se disponen en Santiago para apoyar las estrategias y combates norteamericanos, por el resto del País quedan partidas que no se suelen enzarzar en grandes combates. Saben que con el impresionante apoyo norteamericano, van a conseguir su independencia de una vez por todas y se emplean en extorsionar a los españoles y, sobretodo, insisten en interrumpir cualquier comunicación española.

En lo que respecta a la Trocha, con harta frecuencia, se escaramuzan y cortan los cables telegráficos. Nuestro Teniente General organiza 4 escuadrones de Camajuaní y fuerzas de Infantería para cubrir esta línea de comunicación desde Placetas a Sancti Spíritus, siéndole imperiosa la necesidad de mantener en perfecto estado el telégrafo.

Al mismo tiempo, el extremo Oriental de la Isla arde en conflicto. El cerco terrestre sobre Santiago se cierra según pasan las horas y se dirimen importantes batallas en El Caney y Las Lomas de San Juan. Santiago resiste penosamente los sangrientos bombardeos, El General Blanco insta a sus oficiales a seguir combatiendo y defender la ciudad, pero el Gobierno Peninsular decide poner fin a tan insalvable situación. Y deja en manos de Blanco la situación de Cervera y su Escuadra. El Almirante no cree nada conveniente salir de la Bahía en ese momento, pero Blanco le ordena zarpar y enfrentarse a la Escuadra del Almirante Sampson. Cervera, al acatar la orden, no tiene

la menor duda de cuál va a ser su destino. Sale la Escuadra de la Bahía y se verifica el sacrificio anunciado.

Entretanto, en la zona de mando de la Trocha, repercute la guerra. Entrada la segunda quincena de julio, Máximo Gómez está acampado con sus fuerzas a 5 millas (8 Km.) al norte de Júcaro, en el extremo sur de la línea, para apoyar por tierra, en caso necesario, las acciones norteamericanas en la costa.

Por otra parte, es muy difícil mantener expeditas las comunicaciones. Los norteamericanos se acercan a las ciudades costeras que están bajo el mando de la Trocha y se afanan *“levantando heliógrafos costa y obstruyendo canales comunicación”*. Es imprescindible para nuestro militar estar al tanto de las últimas noticias sobre los movimientos norteamericanos por mar y las ingerencias en los puertos de la Trocha, para ir sorteándoles y que concluyan con éxito las expediciones marítimas con tropas, avituallamiento, órdenes o partes militares.

Y, efectivamente, los norteamericanos llegan por mar a Santa Cruz del Sur con el propósito de cortar el cable de comunicaciones. Cañonean las embarcaciones que recalán en el puerto y la artillería española no puede repeler el ataque porque están demasiado lejos de su alcance e, impunemente, consiguen cortar la comunicación.

Desde Ciego de Ávila, Jiménez Castellanos envía un comunicado a Capitanía dando cuenta de que: *“A las diez de la mañana un barco enemigo hizo más de 100 disparos a larga distancia sobre Santa Cruz del Sur, Clara y jurisdicción, sin novedad... si no causó desperfectos, fue porque se limitaron a cañonear las embarcaciones del puerto para destruirlas y cortar el cable, como lo verificaron”*.

Paralelamente, en Santiago, los bombardeos no cesan, las fuerzas se agotan, las enfermedades diezman y la situación española es tan sumamente grave y desventajosa que no aconseja mayor sacrificio. Llegan refuerzos norteamericanos y todavía Blanco insiste al Ministro de la Guerra en continuar con la masacre y pide al General Toral que intente un ataque, pero le contesta que no cuenta con las fuerzas necesarias. Tras nueva comunicación con Capitanía, el General Toral rinde Santiago y su provincia.

El Capitán General así lo confirma en telegrama al Ministro de la Guerra, añadiendo que ha sido *“...sin intervención por mi parte”*.

Se conmina de nuevo a España a ceder su total Soberanía en la Isla. Ante circunstancias tan extremas, para evitar mayores males y más importante pérdida de vidas, España acepta la rendición de Cuba el 17 de julio.

En la Trocha, nuestro militar ultima estrategias para retirar la guarnición de Santa Cruz, pues cree conveniente hacerlo. El 21 de julio ya cuenta con el contingente necesario para llevarlo a cabo, con fuerzas disponibles de Puerto Príncipe.

Mientras se está llevando a cabo la evacuación de Santa Cruz -del 21 de julio al 10 de agosto-, el 26 del primer mes ambas naciones contendientes inician conversaciones y el 12 de agosto se firma el Protocolo de Paz y el cese de hostilidades, acuerdo preliminar que conllevará posteriores reuniones parisinas y que culminarán el 10 de diciembre, con la firma del Tratado de París. Según condición que se establece, las ciudades han de ir desalojándose de tropas españolas e irán ocupándose por las cubanas y norteamericanas, como así ha ocurrido en Santa Cruz del Sur

EVACUACIÓN DE LA TROCHA.

En lo que respecta a la zona de mando de nuestro Teniente General, las ciudades de su competencia van desalojando las guarniciones y las tropas se van acuartelando a lo largo de la Trocha, sumándoseles las que van llegando de otros puntos de la Isla. La planificación y puesta en práctica de tan masiva evacuación es sumamente ardua porque tiene que hacerse de la forma más rápida posible dentro de una cuidada organización, atendiendo al movimiento de las tropas, su acuartelamiento, provisión de víveres, raciones en despensa y de etapa, avituallamiento, sanidad, cuidado de los enfermos, etc.

Entrado el mes de septiembre, se van sucediendo los embarques de tropa hacia la Península. Hay que cuidar bien la compleja organización de cada contingente y nuestro militar se asesora de los servicios médicos en la mayor medida que le es posible porque muchos soldados están enfermos y, tan precaria situación, no aconseja que se hagan a la mar y soporten la quincena de días que les separa de las costas de Cádiz. Y deja a éstos tan a buen recaudo como las circunstancias y la capacidad sanitaria de la Trocha se lo permite, en espera de que se fortalezcan un tanto y puedan hacer frente a la travesía.

Nuestro militar sigue relegando el cuidado de su propia persona y salud en favor de su trabajo. Sigue en el convencimiento de que, por más que tenga que sacrificarse en esta etapa tan penosa a la que se ha llegado, siente que no puede, que no quiere abandonar la Isla. Quiere seguir atendiendo a la mejor evacuación de las tropas desde el puesto que tiene encomendado.

Llega el mes de noviembre. Miles de soldados ya han abandonado Cuba. La Trocha ya se ha evacuado hasta Morón y en los próximos 15 días, se va a evacuar hasta Cienfuegos. Llega el día 20, y habiendo sido ya embarcada la mayor parte de este contingente, el Capitán General Blanco llama a nuestro militar a La Habana. Le expone sus deseos de regresar a la Península y recibe de Jiménez Castellanos la confianza de que está dispuesto a quedarse en la Isla, y al mando de la Capitanía si así se lo solicita la Corona y lo requiere su Patria, para continuar con tantas gestiones como quedan pendientes y cuidar de la completa evacuación de la Isla. Y Blanco solicita volver a la Península por “...*la merma de su estado de salud, por tanto esfuerzo como le han requerido los meses de cargo supremo*”.

AL MANDO DEL GOBIERNO Y LA CAPITANÍA.

Nuestro militar, tomando de la mano todos los asuntos que se vienen desarrollando desde Capitanía y dispuesto a poner en pié tantos otros como él considera que tan intrincada situación requiere, va a asumir las riendas del Gobierno y la Capitanía General pues, según telegrama que envía el Ministro de la Guerra a Blanco: “... *S. M. la Reina, de acuerdo con el Consejo de Ministros, se ha servido disponer que al cesar Vucencia en los cargos que desempeña se encargue del Gobierno General y Capitanía General de esa Isla el Teniente General Jiménez Castellanos*”.

Y nuestro militar, pese a la infatigable vida en campaña que acumula, pese a la solicitud de licencia por enfermo que hace ya ocho meses había cursado y que su responsabilidad y coraje le habían hecho dejarla y seguir dejando a un lado por el devenir de los acontecimientos, acepta las nuevas competencias. Porque su corazón, su amor a Cuba, a su Ejército, al personal civil y muy encarecidamente a las tropas, le hace sobreponerse, incluso, a su deterioro físico y no se puede, no se quiere consentir él mismo volver a la Península con el hondo pesar de haber dejado en la Isla las cosas a medias, a miles de hombres derrotados, desvalidos, sin asegurarse de su cuidado; de no hacer hasta el último minuto todo lo que esté en su mano a favor de la Corona, del Ejército español, de su Patria y, sobre todo, de los soldados que tanto han sufrido y se han sacrificado por la causa colonial, hasta incluso, muriendo por ella. Tampoco quiere dejar la Isla al albur de los interesados que en río revuelto todavía sacarán más provecho de la delicada situación a la que se ha llegado. Le quedan fuerzas y ánimo suficiente para defender hasta el mínimo interés español en la Isla y saldrá de ella con las últimas tropas que esperen ser embarcadas.

Y tan apretada e importante va a ser su gestión al frente de Capitanía que no van a faltar voces que se alcen en un último reconocimiento a su quehacer y en lamento por la pérdida de Cuba: “*¡Qué tarde ha llegado!*”...*¡De haber llegado antes!*”

Pero es ahora cuando toma el mando en Capitanía.

Encuentra una Habana dolorosa, amarga y desconocida pues, en estos días, los norteamericanos se afanan en la construcción apresurada de campamentos que alojen las tropas extranjeras que están a punto de llegar, para ir ocupando los barrios habaneros, según se vayan evacuando los soldados españoles. Esta hiriente sensación ya la ha tenido varias veces en la Trocha pero en su Habana, tan vivida y gozada en tiempos de paz, le duele todavía más.

También las gentes, cómo no, se sienten inquietas y extrañas en su propia ciudad. Esperan con preocupación la llegada masiva de las tropas norteamericanas. Los cubanos dudan de que los norteamericanos les den el sitio que merecen, y a los españoles, les cabe aún mayor preocupación porque temen que, después de que los militares españoles se marchen, los cubanos puedan mostrarse resentidos con ellos.

En este ambiente tan inquietante, nuestro militar se afana en un profundo estudio de la situación. Ve que unos 87.000 hombres quedan aún por repatriar. Como diría en posterior alocución, “*grave problema y muchas inquietudes*” va a tener para solucionarlo eficazmente, en tan forzadas condiciones de economía como exige la Corona, por los enormes gastos que ya se han hecho en Cuba.

Una vez estudiadas las “*cuentas*”, ve que se deben ocho millones de pesos por servicios administrativos y la deuda total pasa de cincuenta millones. En cuanto a los atrasos de haberes de la tropa constata que se deben muchos, y si se han pagado, se ha hecho con notable desigualdad entre los distintos Cuerpos. Su prioridad va a ser atender a la evacuación de las tropas y velar por los soldados como él siempre ha pensado que se merecen, en su alimentación, acuartelamiento, sanidad y demás necesidades. Muchas cábalas se está haciendo ya para ver de dónde se puede sacar tantísimo dinero como va a necesitar y ve imperiosa la necesidad de ahorrar lo máximo posible.

Y llega el sábado 26. A las 10:30 de la mañana se celebra en el Salón del Trono del Palacio el acto oficial de traspaso de poderes de Blanco a nuestro militar, y no se le reviste de mayor solemnidad que el simple acto del secretario correspondiente leyendo el Real Decreto de su nombramiento ante la oficialidad asistente.

Nuestro militar toma de su mano el control de la recaudación de Aduanas y la Pagaduría Militar, en la que se instituye como único “*ordenador de pagos*”. Vende el

coche y los caballos de Capitanía, y dicta otra Orden General para reducir de inmediato el gasto innecesario, al tiempo que se asegura de que a los soldados se le proporciona ración suficiente.

El día 28 se le nombra Presidente de la Comisión española de Evacuación y, conforme vaya avanzando diciembre, las negociaciones en la Comisión de Evacuación se van a ir recrudeciendo porque los Generales norteamericanos ansían cuanto antes hacerse por completo con la Isla. Pero nuestro militar no se va a dejar intimidar por las presiones continuas a las que le van a someter, porque va a agotar el plazo último fijado al 31 de diciembre. No va a admitir precipitaciones ni hacinamientos que deterioren aún más el estado físico y moral de los soldados al repatriarles.

Para economizar en los víveres, reúne las cantidades necesarias para comprarlos por decenas o quincenas adelantadas, al contado y al mejor postor. Con harta frecuencia, se persona a la hora de la comida y por sorpresa, en uno u otro cuartel. Tiene las cocinas y a los intendentes a raya, como siempre ha sido su costumbre, para que no se escamotee a los soldados nada de su alimento.

También visita con mucha frecuencia a los soldados ingresados en los hospitales y, por más que se esmera en mejorar su alimentación y su asistencia médica, vé que *“los que están demacrados no se reponen”*. Piensa que tener que estar en esos hospitales constituye por sí solo una enfermedad y cree que la ilusión de volver a sus hogares podría hacerles mejorar. Pregunta a los médicos, *“tanto civiles como militares”*, la conveniencia de su vuelta a casa y *“particularmente los unos y oficialmente los otros”*, le dicen que la repatriación salvaría mayor número de ellos que si permanecieran en la Isla. Él mismo compara las bajas que experimentan en una travesía un grupo de enfermos y las habidas en el hospital para igual número de enfermos y de la misma condición, y *“...viendo que el número de defunciones era mayor, con mucho, en los hospitales, y como al hablarles, en mis diarias visitas, me convencí de que lo único que les halagaba era que les embarcara para la Patria, resolví mandarles a ella cuanto antes, arrostrando los cargos que pudieran hacerse...”*.

Y en Capitanía, casi ni descansa el telégrafo. Son constantes las órdenes de nuestro Capitán General y las respuestas de los apelados para optimizar el movimiento de tropas y su ordenada evacuación.

Ha encargado un inventario de lo que resta en la Isla y pueda venderse, para emplear el montante en tanto gasto necesario y tantos asuntos como hay pendientes de pago.

LOS RESTOS DE COLÓN.

El pasado 21 de noviembre, en el vapor correo “*San Agustín*”, se habían remitido a la Península los “36 envases” que contenían toda la ornamentación que componía el sepulcro de Cristóbal Colón. Sólo quedaba pendiente de envío el ataúd. Nuestro Capitán General va a presidir una ceremonia en la Catedral y el posterior cortejo, actos con los que se inicia el traslado de los restos de Colón a la Península.

Llega a la Catedral, acompañado de los oficiales de su Gabinete, y del General Arolas, el señor Govin (Secretario de Gracia y Justicia y Gobernación), el Marqués de Esteban y una alta representación de personas relevantes de las Instituciones y de la propia ciudad.

El ataúd de plomo que contiene los restos es examinado por el señor Govin y nuestro Capitán General. Tras la inspección, el ataúd se saca al exterior, a lo alto de la escalinata de la Catedral, al tiempo que redoblan las campanas. Se baja a pié de calle, se coloca sobre un carro de transporte de cañones y se cubre con banderas y guirnaldas de flores.

Comienza entonces una solemne procesión en dirección al muelle. A la llegada, se introduce el féretro en la lancha que lo va a transportar al crucero “*Conde de Venadito*”. La lancha avanza, con ceremonial movimiento, entre unos 25 botes que le hacen pasillo. Suenan salvas de saludo de 15 cañonazos y el resto del día se va a disparar un cañonazo de saludo al Descubridor cada cuarto de hora. Los cruceros “*Alfonso XIII*” e “*Infanta Isabel*” lo van a escoltar en su viaje a Cádiz, que emprenderán por la noche.

ALTERCADOS EN LA HABANA.

Y en el día a día no faltan las revueltas callejeras que, con frecuencia, se salen de los cauces lógicos de una comprensible alegría cubana ante la salida de los españoles, porque exceden del patriotismo y del grito alegre de “*¡Viva Cuba Libre!*”. Se desenfundan pistolas y enarbolan machetes, se enzarzan los violentos en peleas que dejan muertos y heridos, y en cualquier esquina, puede saltar la chispa de los odios o las prepotencias patrióticas, en deterioro del orden público y la seguridad de las personas.

De tanto altercado y demás acontecimientos sociales y políticos como vienen sucediendo en La Habana en estos días, es relevante testigo Waldo Álvarez Insúa. Intelectual, abogado, escritor y periodista. Vive desde los 19 años en La Habana, su esposa es principañera y sus hijos, habaneros. Es fundador en 1878 del Diario “*El Eco de Galicia*” y promotor ideológico del “*Centro Gallego de La Habana*”. Con su pluma

experta, toma buena nota de los últimos días de España en Cuba que, en breve, piensa publicar en la Península, con el título: “*Finis: Últimos días de España en Cuba*”. 1901.

He aquí uno de los pasajes sobre nuestro militar. (Texto adaptado del original):

“Con bondadosa sonrisa y palabras dulces tenía a todo el mundo a raya el Gobernador General Jiménez Castellanos. Las concupiscencias y egoísmos de última hora encontraban en él un valladar poderoso, un antemural infranqueable; y los que querían pescar en río revuelto veíanse en la necesidad de dejar los aparejos de que se habían provisto. Con una energía de la que nadie le creía ahora capaz, anuló ciertos decretos sobre concesiones de tranvías intraurbanos y líneas de ferrocarriles que se querían hacer pasar de contrabando.

Jiménez Castellanos proveía a todos los asuntos, atendía cuantas quejas se le formulaban, cuidaba del embarque de las tropas, que se efectuaba con un acierto y una regularidad notorias y pagaba cuanto podía. Una mañana hizo vender el coche y los caballos de la Capitanía. Los tres mil y pico de pesos enajenados pasaron de inmediato a manos de los soldados. Incautóse de la recaudación de Aduanas y de la Pagaduría General. Con su importe atendió a las necesidades de la repatriación, evitando conflictos pavorosos”...

...“Cuando tornó a España este militar perfecto, el último de los Gobernadores de la Isla, aún pudo entregar al Estado -¡cosa insólita!- diez millones y pico de pesetas.

Los peninsulares que sentían abatimiento y tristeza, animábanse al hablar de Castellanos; elogiaban su probidad y su entereza. Y como resumen de sus juicios decían: ¡Qué lástima!... ¡Que tarde llegó!”.

Para Jiménez Castellanos, este breve tiempo tan doloroso y tan difícil en que ha estado al cargo de la Capitanía, ya va llegando a su fin. En Palacio ya no queda casi nada. Sólo lo imprescindible para unas pocas más. Y es que Cuba, su entrañable Cuba, “se acaba”. Le quedan pocas horas, aunque tremendas, para abandonar oficialmente la Isla con el insoportable peso de llevarse consigo, a cuestas, a la propia España, por ser el representante de su Rey. Y el peso es inconmensurable.

FÍN DE LA SOBERANÍA ESPAÑOLA. EL ACTO OFICIAL.

Es 1 de enero de 1899.

Nuestro militar, tras el aseo, se enfunda el ligero y habitual uniforme de rayadillo, tan amoldado y liviano siempre, pero que hoy se le antoja distinto, áspero como un sayo de

yute y pesado como una mole. Luego se ajusta, como a diario, el estrecho fajín de Capitán General pero, por más que se lo afloja, no deja de oprimirle, dolorosamente, el nudo que tiene en el estómago.

A las 9 de la mañana, un Batallón de Infantería norteamericano se dispone en formación alrededor de la Plaza de Armas y cubren las calles adyacentes. Jiménez Castellanos lo contempla, con vivo interés, desde un balcón de sus estancias privadas. Está reunido con su Gabinete. Ha compartido un desayuno con sus oficiales: el coronel Gelpi, los Tenientes Coroneles Bellod, Enjuto, Girauta y Benítez; el Mayor Priego, el Capitán Retine y los Capitanes Adolfo y Ramón Jiménez Castellanos, sus hijos.

Pasadas las 11:00 h. van llegando, en carruajes, las autoridades invitadas a la ceremonia: los Generales norteamericanos Clous, Wade, Butler, Brooke, Ludlow, Lee, Chaffee, el vicecónsul británico Mr. Jerome y los Generales cubanos: Lacret, Mario Menocal, Mayía Rodríguez, Serafín Sánchez, José Miguel Gómez, Nodarte, Rafael de Cárdenas, Agramonte, Vidal y Valiente. En cuanto entran al Palacio todos los invitados, militares y civiles, se acomodan y charlan en el Salón de los Espejos. En la Plaza, las tropas españolas que quedan en La Habana, forman de 4 en fondo e inician la marcha en dirección al muelle, mientras la banda de música norteamericana toca la Marcha Real.

Poco antes del mediodía y, de repente, entra en el citado Salón Jiménez Castellanos, con sus oficiales, sin ceremonia alguna. Saluda al General Brooke y resto de oficiales norteamericanos. Brooke se sienta en un sofá y Jiménez Castellanos se dirige hacia el grupo de los Generales cubanos. Con su habitual cortesía y amabilidad, estrecha calurosamente la mano del General Mayía Rodríguez, y le dice: *“Hemos sido enemigos pero le respeto por su actitud correcta y su forma de pensar. Tengo un verdadero placer en estrecharle la mano”*.

Y el General Rodríguez le contesta: *“Se lo agradezco mucho, General. Siento pena por los militares españoles, por aquellos que han defendido la bandera que habían jurado defender. Yo también siento un gran placer en estrecharle la mano”*.

Nuestro militar da unos pasos hacia el lado izquierdo del Salón y se coloca al frente de sus oficiales. Suena el primer cañonazo de la salva de 21 con que se saluda a la bandera española al arriarse del Castillo del Morro. En la estancia reina un ambiente muy tenso y de gran emoción. Todos saben que en ese momento se está izando en el tejado del Palacio la bandera norteamericana. Tras unos conmovedores segundos de silencio, en la Plaza, la banda comienza a tocar la Marcha Real.

De inmediato, Jiménez Castellanos toma el manuscrito de su breve discurso, se lo da al Capitán Hart (intérprete de la Comisión norteamericana) y, dirigiéndose en español al General Wade, comienza a hablar pausadamente, con tono grave y solemne. Y le dice:

“Señor, en cumplimiento del Tratado de París, de lo acordado con los comisionados de la Isla y las órdenes de mi Rey, en este momento del mediodía de hoy, 1º de enero de 1899, cesa de existir en Cuba la Soberanía española y comienza la de los Estados Unidos. En consecuencia, le declaro al mando de la Isla, con el objeto de que pueda ejercerlo, declarando que yo seré el primero en respetarle.

La Paz ha sido restablecida entre nuestros respectivos Gobiernos. Prometo observar el debido respeto al Gobierno de los Estados Unidos y espero que las buenas relaciones que existen entre nuestros ejércitos continúen hasta el fin de la evacuación bajo mis órdenes en este territorio”.

Al pronunciar estas palabras se le nota una gran tristeza y se le termina quebrando la voz. El Capitán Hart traduce la alocución. El General Wade le entrega el mando de Cuba al General Brooke, y éste, tras aceptar el cargo, le dice a Jiménez Castellanos: *“Le deseo a usted y a los hombres que le acompañan un feliz regreso a su Patria. Que la prosperidad vaya con usted y con todos los que le acompañan”.*

A continuación, nuestro militar se retira al contiguo Salón del Trono, donde le esperan los Oficiales españoles que se quedan en Cuba y los viejos amigos de La Habana. Tenía la intención, tras la ceremonia, de ofrecer una recepción para despedirse uno a uno de todos ellos y abrazarles por última vez pero, se siente tan abatido, que su ánimo no dá para más. Y les dice: *“Ustedes me conocen como soldado español. Mi valor nunca ha sido cuestionado. Alguno de ustedes ha estado conmigo en el campo de batalla. Siempre he plantado cara al enemigo pero, en este supremo momento de humillación para mi País, me siento hundido y no me hallo con fuerzas suficientes para despedirme de ustedes uno a uno. ¡Que Dios les acompañe siempre!”.*

Entonces, va hacia el General Clous y, tomándole por la muñeca, le dice: *“Vamos, salgamos cuanto antes. Me quedan fuerzas para poco más”.*

Al momento, en lo alto de la escalera, se reúne con sus Oficiales, los Generales norteamericanos y resto de personas que van a acompañarle. Y todos salen, casi apresuradamente, del Palacio.

Mientras la comitiva cruza la Plaza de Armas, se oyen los acordes de la Marcha Real. Jiménez Castellanos se vuelve hacia el General Clous y le dice: *“Gracias, muchas gracias. Éste será el último día que yo oiga la Marcha Real en La Habana”.*

Los diarios norteamericanos, tras sendos artículos detallando lo sucedido hoy en la Habana, apostillarán: *”Es un adiós muy sentido entre ellos y muy emocionante para todos”...*

...“El patente dolor de Jiménez Castellanos es respetado por todos y su figura es el centro de la mirada de elogio y compasión de todos cuantos allí se encuentran. El numeroso grupo de españoles que están en el muelle le abrazan y se oyen gritos de “Viva España”, “Viva el General Castellanos”. Tanto él como sus oficiales tratan de responder a los gritos de saludo, pero la emoción hace que sus palabras casi ni les salgan del cuerpo”...

Llegados al Muelle, le despiden los Generales Chafee y Clous, al que le dice: *“General, muchas gracias por sus atenciones, y ruéguele usted a Dios que no le permita encontrarse nunca en el amargo trance en que yo me he encontrado hoy”.*

Al embarcar en el Vapor “Rabat”, saluda a la tripulación y se retira a su camarote.

The Chicago Daily Tribune incluirá un pequeño pero sentido artículo adicional a lo que todos los diarios publicarán el día 2, bajo el título de “TRAGO AMARGO”:

“El Capitán General Castellanos estaba obligado a apurar el trago amargo de la humillación porque para él, le entrega de Cuba es doblemente dolorosa. A diferencia de la mayoría de los oficiales españoles, él siempre ha tenido un gran cariño por Cuba y está mucho más unido a la Isla. Y lo estará toda la vida.

Ha vivido más de 25 años en ella. Su esposa es cubana y sus hijos han nacido aquí por lo que, al abandonar la Isla, no sólo representa el último vestigio del Imperio español sino que además, para él, significa abandonar su propia casa y dejar a los amigos y al pueblo cubano porque, realmente, por tanto amor como Castellanos siente por Cuba, España casi va a ser para él la tierra de su exilio. Pero, aunque se sienta tan mal por todo lo que deja en Cuba, aprieta los labios, se traga las lágrimas y así aguanta hasta el final.

El heroico control de sí mismo, que sobrepone a su angustia, quedará por siempre, colmando de resplandor y gloria, la última página de la historia de Cuba española”.

BIBLIOGRAFÍA.

Adolfo Jiménez Castellanos y Tapia. Último Gobernador y Capitán General español de Cuba. Pilar Toledano. Madrid. 2006

Archivo General Militar de Segovia.

Library of Congress. Washington. USA. On line.

Archivo Histórico Nacional. Madrid.

Archivo General del Palacio Real de Madrid.
 Biblioteca Nacional de España. Madrid.
 Archivo General Militar. Madrid.
Las guerras de España en Cuba. Luis Navarro García. Madrid. 1998.
En la manigua: El Guao, Ceja del Negro y Guayabito de Vuelta Abajo;
Sitio del Cascorro en el Camagüey. A. Rioja. Habana. 1896.
Mi mando en Cuba. 6 vol. Valeriano Weyler. 1910.
Finis. Últimos días de España en Cuba. Waldo Álvarez Insúa. Madrid. 1901.
Marching with Gomez. USA. 1898.
Diario de campaña. Máximo Gómez. Estudio. Carmen Almodóvar.
 Universidad de Oviedo. 1998.
Las guerras mambisas. Operaciones militares en Cuba 1868-98. Santiago Perinat.
 Maceres. Barcelona. 1998.
Memorias. Trilogía. *Mi tiempo y yo.* Alberto Insúa. Madrid. 1953.
 La Nación Militar. Volumen I. Madrid. 1899.
 El Progreso Militar. Publicación semanal/diario. Madrid.
 El Español. Diario. Madrid. // La Época. Diario. Madrid.
 Gaceta de La Habana. La Habana. Cuba. // El Liberal. Diario. Madrid.
 El Imparcial. Diario. Madrid. // El Correo Militar. Diario. Madrid.
 La Correspondencia Militar. Diario. Madrid.
 El Correo Español. Diario. Madrid. // Diario de la Marina. Habana. Cuba.
 La Lucha. Diario. Habana. Cuba.
 The New York Times. Diario. USA.
 Los Angeles Times. Diario. USA.
 The Chicago Daily Tribune. USA.
 Harper's Weekly Magazine. USA.
 Collier's Weekly. Magazine. USA.
 Leslie's Weekly. Magazine. USA.